Crítica de libros

TODO ESTÁ VIVO, *Angel Crespo.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

La poesía de Angel Crespo es la más interesante de aquel grupo (vamos tan rápidos que lo más próximo se hace historia) que, en un momento de extremosidades neorrománticas, se caracterizó por el lenguaje coloquial, el humor sarcástico e ingenuo, la pirueta creacionista, el realismo sin acritud. Esta especie de cohorte avanzada tuvo, tal vez, por empeño esencial oponer a la retórica reinante otra retórica. Como la crítica es primero justicia, conviene señalar su rastro, su interpretación del aire del tiempo, propenso a la sencillez y a la ironía.

Crespo, tras el arranque juvenil de *Quedan señales,* y el intermedio de *La pintura*, llega con este libro, prueba clara, al menos, de una continuidad en su estilo y una depuración de él. Se advierte en seguida que va de aquella colección de miniaturas, nuevos "primores de lo vulgar", una distancia no sólo temporal. En Crespo se ha acentuado el elemento meditativo (me parece mejor que ese cerebral tantas veces apresurado e inexacto), que, por otra parte, siempre estuvo en él. Continúa en su obra la cercanía jugosa, el hilo llevado a través de la realidad que se pretende redescubrir, por medio de un ritmo pausado. Es frecuente la expresión colectiva:

Todos los hombres vamos,
en un animal vamos subidos,
de especie diferente y diferente andar,
pero animal que mata si se tercia.

De aquí parte *Todo está vivo.* De un pesimismo, pues, que en vez de ponerse a gritar, adopta una andadura suave para decir lo más descarnado, "dejándose caer". Ese pesimismo no es una nota aislada, sino el propio manadero de *su* mundo. El poeta está entre la espada y la pared, señalando con la preocupación por el ser del hombre y sirviéndose de las cosas preferentemente. Su temática denota una salida hacia ellas de belleza pura:

Sobre el atardecer camina un ciervo,
mientras el sol la noche desposee.
El hocico del ciervo malherido
sangre derrama encima de las nubes.

O tan distintamente:

Cada cual con su cruz,
cada cual con su oficio y su camisa,
cada cual con su estómago y su oficio,
cada cual con su oficio y su palabra.

La calidad tonal—lo verdaderamente diferenciado—está constituída por una delicadeza que pasa, salvando el riesgo de evaporación, el contacto de duras realidades, por cuanto vive (para Crespo, se entiende), y que no puede caer en cursi blandura, porque va hermanada de ironía no demasiado salida de madre. Una vez más, el viejo artificio del contraste da resultado. Si bien este poeta de voz baja, que deja sabiamente a medias y medido su decir, no peca en este sentido. El prosaísmo—metido tan en el tuétano de la poesía reciente—toma, en la tercera parte del libro, un aspecto denso y abstracto.

Pero lo que más me importa de *Todo está vivo* es esa capacidad para transformar, graciosa y mis-

teriosamente, la naturaleza, los objetos, lo de cada día:

Cuando la lana del colchón
se acuerda de su oveja,
lo mejor es dormir en las baldosas.

Ahí, en esa línea, acierta más. Y el "pleno" cree hallarlo en *La vuelta al mundo:*

Llego por el Estrecho hasta mi casa,
y noto con sorpresa estar caliente
la silla, estar la casa
perfectamente en orden
y mi madre sirviendo el desayuno.

Claro que no siempre es bueno el resultado. La naturalidad ocasiona que, cuando se produce el desfonde en un poema, queda más indefenso precisamente porque no se acude a los recursos estilísticos habituales. La nimiedad puede quedar realmente en nada. Es la contrapartida del atrevimiento.

Su construcción narrativa está muy lograda en ***El naufragio,*** del que no cabe, por su bella cohesión, una cita fragmentaria.

De repente, Crespo nos sorprende con una desnudez romántica:

Por el camino se me van cayendo
frutas podridas de la mano,
y voy dejando manchas de tristeza en
dondequiera que piso. [el polvo

Una especial melancolía más bien. Y aunque, según ha observado García Luengo, apelamos actualmente con sospechosa frecuencia a la ternura para calificar una obra, aquí no hay más remedio que hablar de ella, porque es cierta.

Resulta curiosa la preferencia por las metáforas animalísticas (la noche es un lobo, el aire es un perro, el olor de las vacas es un gato), de la cual extrae una gracia original.

El último libro de Angel Crespo tiene etapas, lleva una dirección determinada. Queda de él un perfume propio.

La edición de Ágora, elegante, como acostumbra, lleva un buen retrato - dibujo del poeta, realizado por Antonio Povedano.—Luis Jiménez Martos.

ORATORIO DEL GUADARRAMA, *José Luis Prado Nogueira.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

Acaso las dos cosas que más puedan polarizar la atención del poeta sean el suceso del Hombre en su escenario vital y la solución metafísica de la vida más allá de ese escenario. En estos dos ciclos esenciales, el problema es único en el Hombre y, si requieren lógica atención, es porque lo verdaderamente trascendental es procurar que Dios sea una pura razón a través del testimonio humano. La poesía de Prado Nogueira, en este libro, se contrae al primer ciclo. Prado adopta la línea existencial porque nos tiene mucho que decir de su personal experiencia. Es una voz segura y exenta, temperamental y verídica, incapaz de contener su vasto manantial ideológico en formas predeterminadas, ni de hacer sacrificios demasiado estrictos, que diluirían un poco ese peso tan duro de su verdad y de su problema. Estamos ante un poeta católico y social—y hay que decirlo sin pena de incurrir en lo tópico—que habla en hombre y para el hombre. Prado da una lección a los poetas en general y un alerta a los retóricos (entiéndase por retórica toda superfluidad, lo mismo ideológica que ex-

presiva) para que se redescubran y no conspiren más contra la verdad. Y esta labor de exaltación de la verdad es tarea de poetas y de hombres en todo orden de cosas, por la que han de crucificarnos y maldecirnos como exige la vieja costumbre. Tan identificado me encuentro con su postura y tan emocionado con su logro, que no me atrevo a garantizarme como crítico objetivo. He aquí la demostración de que, con temas concretos y problemas de exacto perfil, pueden producirse obras arrebatadas y líricas de poesía *pura,* desplazando y desdoblando la personalidad sobre los temas que son objeto de la creación poética. Y esto va por los asépticos que sienten bascas cuando alguien habla en macho y se persignan con los libros mayores de nuestra actual poesía. Prado pone el acento en las ideas porque éstas lo necesitan más que los endecasílabos. *Oratorio del Guadarrama* está henchido de verdad, y porque no me es posible glosar cada uno de los 22 poemas de este hermoso libro, voy a elegir los cuatro de mayor interés humano y que notician con más grata tristeza—vale aquí la antinomia—mi pobre sensibilidad. De "La Vieja Europa" diré que nunca he oído un grito en verso tan lleno de entusiasmo poético. ¡Cuánto se exige, desde su lamentación, al resistirse a la perennidad del mito en que se encostra Europa desde siglos! Patética acusación, fervor y verdad poética. Unicamente así, cuando una voz viril acusa, *prefiriendo* siempre, porque preferir es no aceptar, no hay peligro, ya que no existe el pudor para las ideas desnudas, de que irrumpan palabras como "Loroño" y "Pelargón", que empiezan a valer por sí mismas, densas y sugerentes como el silencio.

...Volta en el techo, perpetuándose
por una esfera y un cordón. Tú, en medio
de la mejor Europa. De puntillas,
entrará tu mujer. —Guillermo, ¿tienes
algo, te ocurre algo? Tú, entre lágrimas,
le dirás: —Por un plato de lentejas
mataremos a Dios...

Grata empresa la de ir reedificando nuestra alma y ocultando los graves impactos de ese nihilismo abrumador del que, posiblemente, Prado crea que es responsable la vieja Europa por él aludida. Es preferible destruir el mito de la piel de cordero que oculta al capital y dar pábulo a la ternura del mito virginal que nos mantiene cordiales en nuestra lucha. Hay que luchar por los niños *que trajo la cigüeña,* por el jazmín que nos asombra y en la convicción de que

no ha de salvarse quien no crea
que hay platillos volantes en el cielo.

En "La Burla", Juan el Pedigüeño acaece en nuestro corazón como un ángel de bondad, pícaro en el mínimo deseo, al pedir limosna para vino. En este punto Prado nos advierte con este endecasílabo:

(Era seguramente para blanco.)

Y aquí, el católico social, nos subraya la culpa que le cabe a aquel jovenzuelo que, haciendo honor a Escocia, se siente

capaz de ver el vino en ojo ajeno,
mas no el whisky en el propio...

En su "Ofertorio" hace balance de sus recuerdos, de sus jornadas en los Molinos: los hijos, el pecho de Guille, Maliciosa, Montón de Trigo, Siete Picos, Madre Nieves, el niño de la leche... Contempla su retorno sentado en un baúl, como general de un ejército a quien le asombra tener aún gente fiel que pronuncia su nombre. Y estos fieles le perduran para que, cuando escupa la verdad a los hombres, pue-

da engreírse de su derrota, porque aún tiene soldados siervos de su razón que han de seguir sus huellas vencidas, porque representan la razón de su vida, y su segundo jefe —Carmen—le dirá los caminos que son más largos para estirar la vida perezosamente ungida por el Tiempo e inmune ya a la mentira.—José Gerardo Manrique de Lara.

POEMAS DE LA CIUDAD, *María Beneyto*. Barcelona, 1956.

La poesía de María Beneyto es una de las más interesantes dentro del panorama de la poesía femenina actual. Maneja con gran soltura los sentimientos, dándonos siempre una impresión directa y especialmente sincera de ellos. Su técnica es también sobresaliente, pero nunca apaga o emborrona la simple línea lírica, que ella cuida con un candor femenino y una ternura delicadamente expresivos. *Poemas de la ciudad,* que obtuvo un accésit del premio "Boscán" de poesía, en 1953, es un buen libro, un excelente libro. María Beneyto canta y llora en él la ciudad de nuestros días, el pan diario de nuestros pesares, y la belleza y la pena y el recuerdo o la melancolía, que, a diario también, descubrimos apoyados en la dura pared de la vida. María Beneyto nos descubre el panorama de su ciudad íntima: su yo palpitante, a veces turbio y a veces esperanzado, como siempre ocurre en el corazón de los hombres. Yo creo que es muy importante en este libro el descubrimiento de esa ciudad interior del poeta, en donde acaecen sucesos y surge, a veces, la esperanza.

El libro, excelentemente editado por la colección "Fe de vida", lleva un interesante prólogo de José María Castellet y un dibujo de Todó García.—Concha Lagos.

Noticias

Premio Nacional de Poesía "José Antonio Primo de Rivera": Gerardo Diego, por su libro *Paisaje con figuras*. Menciones: Rafael Montesinos, por *La soledad y los días,* y José Luis Prado Nogueira, por *Oratorio del Guadarrama.*

El Premio "Adonais", 1956, ha recaído en *Humana voz,* de María Elvira Lacaci. Accésit: *Cercanía de la gracia,* de Fernando Quiñones, y *Contemplación y aventura,* de Salustiano Masó.

En el Concurso poético, organizado por la revista *Juventud,* obtuvo el Premio "Antonio Machado" José Luis Prado Nogueira, por su poema *Los descuidados,* y el "José Luis Hidalgo", para noveles, Carlos Sahagún, por *Réquiem ante un retrato de primera comunión*. El Premio "Gibraltar" recayó en Julián Andújar, por su poema *Informe abierto al campo.*